Capitán de Navío Hugo Ramírez Brain



Dedicatoria:

Al Sr. Calm. (r) Hugo Ramírez Canaval;
A la Sra. Cecilia Brain de Ramírez.

El 13 de abril de 1996, exactamente cuarenta años después de su nacimiento, nos encontrábamos en el Cementerio Jardines de la Paz enterrando a Hugo. Sólo cuarenta años; cuántas ilusiones, cuántos ideales, cuántas cosas por hacer; mas el Señor quiso tenerlo pronto a su lado. Quizá para que le explicara cómo hacía para jugar ajedrez con compitentes de varios países del mundo por correspondencia; era Jefe de la Escuela de Submarinos, enseñaba en la Escuela de Submarinos, en la Escuela Naval, en el CITEN, cuidaba a su familia, leía todo lo que cayera en sus manos... y ¡todavía le quedaba tiempo para jugar ajedrez!. Me olvidaba: también escribía para la Revista de

Marina. Quién no se acuerda de alguno de sus artículos: "¿Tiene Ud. un problema?", "El 'Pero' en el diálogo", el recordado "Síndrome del Espada de Honor", entre otros.

Nos conocimos a mediados del año 1971. Ambos éramos alumnos de la prestigiosa Academia Calvo y Pérez. Era la época dorada cuando el único instructor era el recordado C. de F. (r) Salvador Calvo y Pérez. Recibíamos clases los sábados de tres a a nueve de la noche, veintiún alumnos que retábamos la inacabable paciencia del comandante Calvo y Pérez. Hugo era un flaquito colorado muy tranquilo que se transformaba cuando nos jugábamos una "pichanga" en un momento de descanso entre clases y nos decía que sólo los "hombres formados en los Maristas de San Isidro metían la pierna con fuerza". Gracias a Dios, nunca a nadie se le pasó la mano, ya que no creo que las piernas de ese "hombre formado en el Maristas" hubiera resistido un fuerte golpe.

Postulamos e ingresamos a la Escuela Naval. Él ingresó en el puesto veintiuno. Hasta que silenciosamente llegamos al Segundo Año, cuando se despuntó y llegó al Primer Puesto para no soltarlo más. Cadete Comandante en Cuarto Año, su figura seguía siendo esmirriada, pero su personalidad era fuerte y decidida. Como anécdota puedo contar que cierta noche, cuando estábamos en Cuarto Año, el entonces Regimiento de Cadetes asistimos en comisión a un partido de básket en el Coliseo del Puente del Ejército, donde nos enfrentábamos a otro Instituto Armado. Cuando llegamos al Coliseo, éste se encontraba lleno, habiendo un solo lugar disponibles, justo al costado donde se encontraban los cadetes del Instituto adversario. Al término del partido, que creo que nos ganaron ellos, los cadetes rivales procedieron a desalojar las tribunas debiendo pasar por una pequeña puerta metálica para cruzar la cancha y salir del Coliseo. Lo que sucedió entonces fue increíble. Todos quisieron salir a la vez por la pequeña puerta, formándose una trifulca digna de las mejores que se han visto en las tribunas populares de nuestro Estadio Nacional en un Clásico. Cuando terminó de salir el último, Hugo se paró y con una voz que nunca estuvo de acuerdo con su físico nos dijo: "Presten atención: los cadetes procederán a desalojar las tribunas como lo hace un Cadete Naval. ¡Desalojen!". No dijo nada más. Los cadetes procedimos a desalojar fila por fila; ni en la Escuela Naval fuimos tan ordenados y silenciosos. Al ver esto el público que aún se encontraba en las otras tribunas estalló en un caluroso aplauso, lo que nos llenó de satisfacción. Nunca antes vi a Hugo con el pecho tan henchido del orgullo que sentía. Llegó diciembre y la Espada de Honor y la mayoría de premios no se hicieron esperar. La Espada se la entregó a su señor padre el Sr. Calm. (r) Hugo Ramírez Canaval, quien la conserva con mucho orgullo y gran veneración.

Llegaron los días de oficiales. Cada vez que podíamos nos íbamos al Estadio (los dos éramos "hinchas" del cuadro más poderoso del Perú), cine, discotecas, comisiones y luego terminábamos en su casa después de cada juerga, donde la Sra. Cecilia nos daba de comer como si fuéramos desnutridos, rematando con un delicioso plato de huevos revueltos.

En el año 1977, los dos ingresamos a la Escuela de Submarinos, calificación ésta que nos atraía desde que éramos cadetes, sobretodo a Hugo, ya que su padre había sido Comandante de uno de éstos. Para variar, Hugo se recibió ocupando el primer puesto. Me acuerdo que antes de los exámenes nos íbamos en su carro (un VW verde exquisitamente cuidado) a la orilla del río Rímac, ya que la Escuela quedaba en el CITEN, para poder estudiar con tranquilidad. Claro que a mí me llevaba a la fuerza; pero es que cuando Hugo quería convencer a uno para estudiar, no quedaba otra cosa sino estudiar.

Ya calificados, siguió la Escuela de Electrónica y ¡qué raro!, él salió primero. Estuvimos casi toda nuestra carrera embarcados. Cuando más disfrutábamos era cuando salíamos a navegar y tocábamos puertos del litoral, porque Hugo no sólo sabía estudiar; tocaba guitarra y cajón, era cantante y jaranero, bailarín, galante, y un decente tomador diría yo. Nunca, eso sí, lo vi en estado etílico, salvo una oportunidad cuando éramos cadetes de Segundo Año, estando de Crucero de Verano en Bulgaria. Hugo se pegó una "mona" seguida de unos "diablos azules" que terminaron con un puntapié que le propinó a un Oficial de Disciplina. Después de eso se la pasó el resto del Crucero en "plantón". Bueno, pero mejor no recordarlo.

Cuando éramos Tenientes Primero ingresó a la Universidad del Pacífico para estudiar la Maestría de Administración. Tanto insistió, cada vez que conversábamos, que me hizo ingresar a mí también, así que no sólo nos veíamos durante todo el día, sino también en la noche. Bueno, hablar con Hugo siempre era interesante, entretenido y divertido. Así que no me podía quejar.

Pasaron los años, me casé y, claro, no podía ser otro el testigo de mi matrimonio que mi querido amigo Hugo. Él también tuvo la suerte de conocer a una guapa chica y, sobretodo, gran mujer, con la cual tuvo cuatro preciosos niños; su familia, su razón de ser, como él repetía.

Con los años mi hijo quiso seguir mis pasos, así que postuló e ingresó a la Escuela Naval, justo el año que me tenía que ir a Talara a servir como Capitán de Puerto, así que el apoderado lógico de mi hijo no fue otro que su tío Hugo. Me contaba mi hijo que, cada vez que le entregaban sus notas, lo primero que tenía que hacer era ir a la casa de su tío Hugo, entregarle las notas, analizarlas y filosofar sobre temas tan entretenidos para ellos, tales como los últimos adelantos en electróni-

ca, las mejores jugadas de ajedrez o lo más saltante de la situación mundial (¡par de "NERDS"!).

Fue a visitarme a Talara. Ya estaba enfermo, pero seguía ejerciendo su cargo de Jefe de la Escuela de Submarinos y su ánimo y espíritu se encontraban como siempre, al tope máximo. Al cabo de tres lindos días, mi señora y yo lo despedimos en el Terminal de autobuses que lo llevaría a Trujillo. Nunca me imaginé que el abrazo que nos dimos iba a ser el último de nuestras vidas. La última vez que escuché su voz fue el 6 de diciembre de 1995, exactamente a las 9 y 30 de la noche. El se encontraba en Estados Unidos, luchando como sólo él lo supo hacer contra su enfermedad. Sólo me dijo: "Negro, lo logramos; ya somos Capitanes de Navío".

Nos despedimos con la voz entrecortada por la emoción. La última vez que hablé de él fue durante su sepelio, -ataúd cerrado como él lo ordenó-, leyendo el discurso fúnebre, que lo terminé con mucha dificultad, ya que en ese momento recién mi mente aceptaba que Hugo hubiera muerto.

Dicen que enfrentó su final con una entrega, valentía y serenidad digna de admiración; pero pregunto yo ¿es acaso que alguien pensó que lo último que hiciera Hugo no iba a ser así? Quién de los que lo vimos en el mes de Octubre de 1995, cuando vino de Washington a participar en las celebraciones del Día de la Marina, nos podríamos imaginar que a los pocos meses ya no lo tendríamos entre nosotros.

La Marina perdió un Oficial extraordinario, una mente e inteligencia superiores; sus padres, un hijo modelo; su esposa e hijos, un esposo y padre amoroso y preocupado. Yo perdí a mi mejor amigo, en la Marina, en la sociedad, en la vida. Sólo nos queda recordarlo como fue siempre, y seguir luchando y tratar de lograr los objetivos fijados. Estoy seguro que Hugo quiere que sea así; que la vida siga su camino, que su familia supere el trance, que su Promoción destaque en la profesión, que su Marina esté por encima de todo y que su Patria sea lo que él siempre soñó: fuerte, unida, poderosa.

Se dio inicio a las Olimpiadas Inter-Promociones en el Centro Naval este año 1996. Primera fecha del Campeonato de Fulbito. Nos enfrentamos contra nuestros patrones. Como en la punta derecha del equipo de la Promoción Diciembre 1975, un flaquito esmirriado como hace aquellos 25 años: Hugo RAMÍREZ Denegri, la continuación de Hugo... No puedo seguir.

¡Salud Hermano, en inmersión rumbo a la Eternidad!

Capitán de Navío Javier Olivares Polack